

Contra la imposición del silencio

La escritura, ese lugar que me acompaña

MONTSERRAT ORDÓÑEZ

CAROLINA ALZATE, BETTY OSORIO

Y BEATRIZ RESTREPO

(Edición académica y compilación)

Universidad de los Andes, Bogotá, 2014, 208 págs.

Hay una larga lista de mujeres que no se conforman sin voz propia, que quieren ser parte de un mundo de donde ellas han sido excluidas y participar en una historia colectiva.

Montserrat Ordóñez

MONTSERRAT ORDÓÑEZ Vilá se crio en Barcelona, creció en Bucaramanga, trabajó como *au pair* en Inglaterra recién graduada de bachillerato, estudió Lenguas Modernas en la Universidad de los Andes, se quedó allí trabajando como profesora (“en un momento en el que estaba mucho más abierto el mercado laboral en las universidades de Bogotá y los recién graduados nos quedábamos enseñando en las mismas instituciones en donde nos habíamos formado” [págs. 20 – 21]), viajó a Madison, Wisconsin, donde hizo una maestría en literatura comparada y un doctorado (“en literatura comparada encontré gente igual a mí” [pág. 22]), y volvió a enseñar a la Universidad de los Andes en 1976:

La palabra computador pertenecía a los ingenieros y nadie podía entender cómo se podía usar en humanidades sin convertirse en robot. Y ni hablar de las teorías literarias que acababa de trabajar. Nadie sabía de qué hablaba, así que otra vez tuve que callarme. Me sentía incómoda en un ambiente académico mucho más rígido y tradicional, y no tenía ningún grupo de apoyo [págs. 24-25].

Yo la conocí en ese momento, en la escuela de Filosofía y Letras, una facultad sin duda rígida y tradicional de la que Ordóñez huyó, esta vez hacia el mundo editorial. “Otra vez tuve que callarme”, dice, pero antes de que saliera huyendo, sus estudiantes tuvimos la suerte de oírla hablar de los formalistas rusos, de Barthes, de Baj-

tin, de la literatura escrita por mujeres. Leímos bajo su dirección *El segundo sexo* y *Boquitas pintadas* (y conocimos a Manuel Puig en su casa) y las cartas de amor de la monja portuguesa, entre muchos libros de muchas y muy diversas procedencias y facturas. Fue un semestre o dos, tiempo más que suficiente para abrirnos los ojos a otro mundo, a otra idea de la literatura.

Cuando regresó a los Andes, cinco años después, ya la universidad estaba lista para escucharla y allí se quedó hasta su muerte, en 2001. Los créditos de este libro dan fe de su impronta: sus discípulas (Alzate y Restrepo) se han encargado con juicio y afecto de preservar su obra (en 2005, se publicó otra recopilación, *De voces y de amores. Ensayos de literatura latinoamericana*). Su colega Betty Osorio escribió el prólogo, en el que da cuenta de la importancia de Ordóñez para las letras colombianas, en particular, para los estudios de género:

Los trazos que Ordóñez propuso para estudiar las obras de estas tres autoras (Acosta, Mújica y Moreno) todavía hoy tienen validez, y su crítica ha guiado a numerosas lectoras y lectores para tomar conciencia de la función de los papeles de género en una sociedad [pág. xxxi].

El libro, por último, es producto de un proyecto de investigación financiado por el Comité de Investigación y Creación, de la Facultad de Artes y Humanidades de la Universidad de los Andes, que buscaba reunir los artículos publicados en periódicos y revistas culturales y dirigidos a un “público no especializado”.

El título del proyecto de investigación, “Obra dispersa”, resulta más adecuado que el del libro a la hora de nombrar lo que el volumen contiene —veintiún artículos, divididos en tres secciones. La segunda sección, de textos críticos sobre obras de mujeres (Virginia Woolf, Luisa Valenzuela, Isabel Allende, entre otras), nos permite apreciar la importancia de Ordóñez en la precisión del lugar de las mujeres en la literatura colombiana. Esto afirma en un artículo publicado en 1990:

La producción literaria en Colombia ha pertenecido al espacio del hombre, con pocas excepciones

significativas. Los motivos de la falta de participación de la mujer en la producción literaria del país son muy complejos y difíciles de precisar. Están estrechamente relacionados con la historia de la misoginia en la literatura colombiana, con la ubicación de la mujer como audiencia, consumidora o, a lo más, administradora de cultura y literatura [pág. 91].

La tercera sección es una miscelánea en la que sobresalen un par de entrevistas (una, con el traductor Gregory Rabassa, en la que Ordóñez cede la palabra al entrevistado con mucha elegancia, y otra, con el muy pedante R.H. Moreno-Durán, de 1986), un texto muy bello sobre las molas y una reflexión excepcional sobre la ambigüedad de Arturo Cova, narrador de *La vorágine*, frente a los indígenas que pretende defender.

La primera sección, la más interesante, empieza con una larga entrevista a Silvia Galvis en la que solo se oye la voz de Montserrat contando su vida; continúa con una entrevista a Liliana Ramírez (que se concentra en la obra poética de la entrevistada) y con una pieza sobre Barcelona. Y concluye con los tres textos más personales del libro (y los que a mí más me gustaron): uno, breve (también producto de una entrevista), sobre las mujeres que quieren escribir; el siguiente, con el poderoso título de “Escribir literatura, un derecho humano” (1987), en el que se refiere a la literatura como “una red que en sus múltiples manifestaciones nos ha afectado a todos y a la que todos afectamos”. Y un último artículo sobre las venturas y desventuras de la investigación en literatura, que debe ser bitácora de quienes insisten en darle un lugar a las artes y a las humanidades en el mundo (tan escaso de recursos) de la investigación en Colombia.

La escritura, ese lugar que me acompaña es un libro para leer a sorbos, para citar a borbotones y para recordar con agradecimiento y con sorpresa a nuestros maestros.

Margarita Valencia